

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



LA SANTURRONA

Emplea el tiempo en escuchar sermones
y en murmurar del prójimo á destajo;
no goza en el hogar y odia el trabajo,
y puede de egoísmo dar lecciones.

No va, si no hay orquesta, á las funciones
religiosas, y al son del contrabajo
dormita á veces con el rostro bajo,
fingiendo alzar á Dios sus oraciones.

Ella sabe en el barri quién va á misa,
si en la usura el caudal hizo el banquero,
si el comerciante al parroquiano sisea.

Viva crónica es del mundo entero...
mas no sabe coserse la camisa,
ni poner á la lumbre un mal puchero.

J. LAMARQUE DE NOVOA.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS...	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »
EXTRANJERO...	» año..... 15 »

¡SANGRE!

Tardarán en olvidarse las palabras de Silvela. Rara vez el hombre de la selección y del sentido jurídico ha alcanzado así las alturas de la grandeza trágica. Juzgá-bamosle un pica-pleitos y nos resulta un Diocleciano. «Si es necesario que la sangre corra, correrá cuanto sea menester.» Declaración terrorífica que hiela la sangre en las venas.

No creemos, no podemos creer que Silvela, el dulce, el atildado, el meliflúo, pretenda ahora formar parte del batallón terrífico, de los grandes sangradores de pueblos. No podemos creer que quiera aplicar á su política aquella máxima de «á mal Cristo, mucha sangre», propia de los malos pintores. Parécenos inverosímil que intente experimentar en sus conciudadanos la exactitud del principio de la vieja pedagogía «la letra con sangre entra». Y aunque estemos en tiempos de matanza, época en que se acostumbra á sangrar al puerco para fabricar morcillas, en modo alguno nos daremos á imaginar que hay estadista capaz de hacer con sus conciudadanos otro tanto. Así, cualesquiera que sean las preferencias de Silvela por el insigne héroe de Torrejón de Ardoz, siempre rehusaremos ver en él á un Sangredo de la madre España.

La supuesta ferocidad silvelina es más retórica que real. Padece Silvela la obsesión de las cosas sangrientas. Un día ofrece dejar en el camino del ideal trozos de su piel y pedazos de su carne. Otro día brinda su corazón como alimento á los que le ayuden á regenerar la patria. Si él lo mira con sangre fría, verá ahora que España, después de la pasada hemorragia, más se halla amagada de anemia que de congestión y más necesita de tónicos y reconstituyentes que no de sangrías. A fuer de buen cristiano, sabe de sobra que la Iglesia aborrece la sangre, razón por la cual solía entregar á los herejes al brazo secular que los quemaba vivos, para evitar toda efusión sanguínea. No haya temor al terrorismo de Silvela, semejante por su condición á aquel protagonista de la obra del poeta de Campanone, violento y sanguinario, pero al mismo tiempo blando y temeroso de Dios. La sangre que él derrame será semejante á la que pesa sobre la conciencia de D. José Echegaray, ese gran homicida inocente. Tanto más, cuanto que Silvela sabe de sobra que la política imperante no merece que por ella se vierta una gota de sangre ni siquiera de las narices.

LOS VIVAS CATALANES

UN CABALLERO, gritando en un acceso de entusiasmo.— ¡Viva!... ¡Viva!... (repitiéndolo por tercera vez) ¡Viva!...

OTRO CABALLERO, aproximándose á él y tocándole familiarmente en el hombro.— ¡Bueno, amigo mío! Viva ¿qué?

EL CABALLERO.— ¡Ah! ¿Es usted, querido doctor?

EL DOCTOR.— Sí, yo soy... He visto un caballero que gritaba desaforadamente; me aproximo y reconozco á uno de mis mejores clientes. Diga usted, pues: Viva ¿qué?

EL CABALLERO.— ¡Viva!...

EL DOCTOR.— Acabe usted.

EL CABALLERO.— ¡Viva!... Doctor, me ocurre un fenómeno extraordinario. No recuerdo lo que quería decir...

EL DOCTOR.— Usted quería, evidentemente, gritar: «viva alguna cosa» ó «viva alguien».

EL CABALLERO.— Doctor, estoy asustado. El nombre de ese «alguien» ó de esa «cualquiera cosa» es lo que no encuentro.

EL DOCTOR.— Inténtelo usted.

EL CABALLERO.— ¡Viva!... (Palideciendo.) No sé; es horrible; no sé... He perdido la memoria; estoy loco. Doctor, yo se lo suplico, tranquilicéme!...

EL DOCTOR.— Veamos, amigo mío; no es necesario tocarle. Enséñeme usted la garganta. (Mirando.) ¡Oh, oh!

EL CABALLERO.— ¿Es grave?

EL DOCTOR.— Pudiera serlo. Tiene usted muy irritadas las fauces, muy echadas á perder. Ha debido usted gritar durante mucho tiempo...

EL CABALLERO.— Sin cesar... Desde hace tres meses...

EL DOCTOR.— Es demasiado, querido, demasiado. A fuerza de gritar «viva... tal» ó «viva... no sé qué», no solamente ha contraído usted una afección á la laringe, sino que está usted en camino de perder la memoria... Confunde usted los nombres... Acabará usted por aclamar á su más cruel enemigo.

EL CABALLERO.— ¡Qué hacer, Dios mío!

EL DOCTOR.— Tranquilizarse y no gritar en algún tiempo. Si continúa usted así, no respondo de su salud ni de su inteligencia. En lugar de chillar ¡viva... no importa qué, trate usted de vivir usted mismo; eso valdrá más, y no criar á tan mala sangre!...

LA GUERRA

I

Rosa y Juan, tiernos esposos.
vivían en un cortijo,
ni envidiados ni envidiosos.
únicamente celosos
de las caricias de un hijo.

Libre de penas y daños
creció el fruto de su amor,
gozo de propios y extraños,
sin conocer el dolor
hasta cumplir veinte años.

Pasó el tiempo y llegó el día
en que la quinta ominosa,
como una nube sombría
vino á empañar la alegría
de aquel Juan y aquella Rosa.

En breve, mal de su grado,
vieron al mozo gentil
abandonar desolado
el szadón y el arado
para tomar el fusil.

Y al verle marchar en pos
de su destino á la guerra
cayendo en tierra los dos,
de hinojos sobre la tierra
le encomendaron á Dios.

II

Cesó el alegre cantar
á la puerta del cortijo
y á la luz crepuscular,
porque lejos de su hijo
no saben más que llorar

Días y meses pasaban,
el soldado no escribía,
y en el pueblo les contaban
las acciones que se daban
y la gente que moría.

Cada vez con más tristeza
la sencilla labradora,
sin levantar la cabeza
de su labor, gime ó reza,
y aun en sueños reza ó llora.

El honrado labrador
disimula su pesar
por no aumentar el dolor
de la esposa de su amor.
que es el ángel de su hogar.

Sin proferir una queja
aunque le mata el quebranto,
sereno al alba se aleja
para regar con su llanto
el surco que abre la reja.

III

Es de noche, el viento brama
en los huecos de los montes;
aquí se abate una rama
y allá, á lo lejos, inflama
el rayo los horizontes.

Los dos esposos, sentados
ante la lumbre que humea,
inmóviles y callados
sollozan atormentados
siempre por la misma idea.

¡Siempre el mismo pensamiento
en la mente de ambos fijo!
¿Qué será en aquel momento
del bizarro regimiento
á que pertenece su hijo?

Una vez les escribió
desde distantes regiones
el soldado que partió
y que al partir se llevó
de los dos los corazones.

En su carta les decía
que dispuesto á combatir,
de los dos se despedía.
Y pasó uno y otro día
y no les volvió á escribir.

IV

El mastín, que gruñe alerta,
lanza de pronto un ladrido
y óyese un golpe á la puerta,
que en los esposos despierta
la esperanza que han perdido.

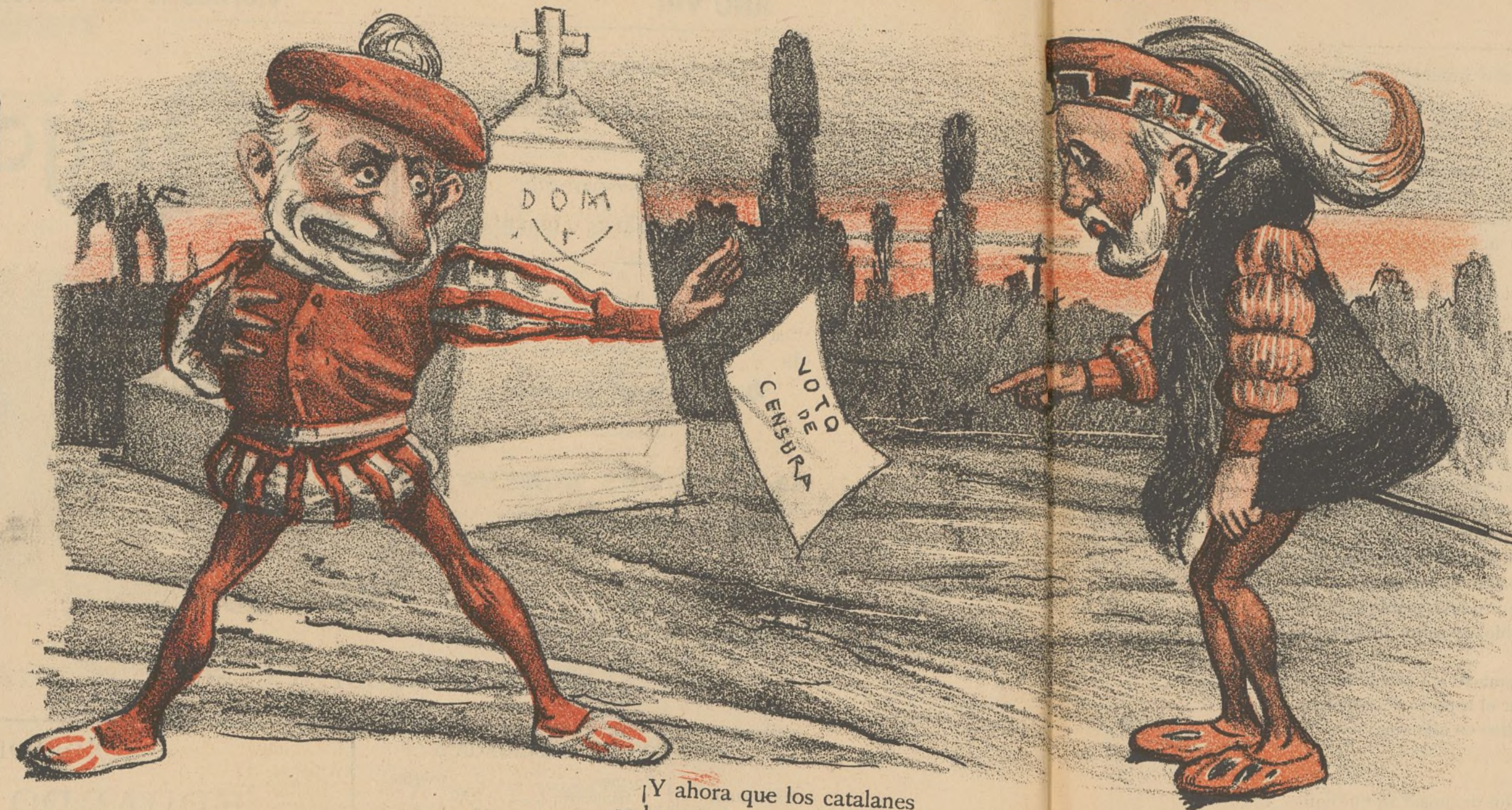
Abre Juan, y fatigados
penetran en el portal

DON QUIJOTE

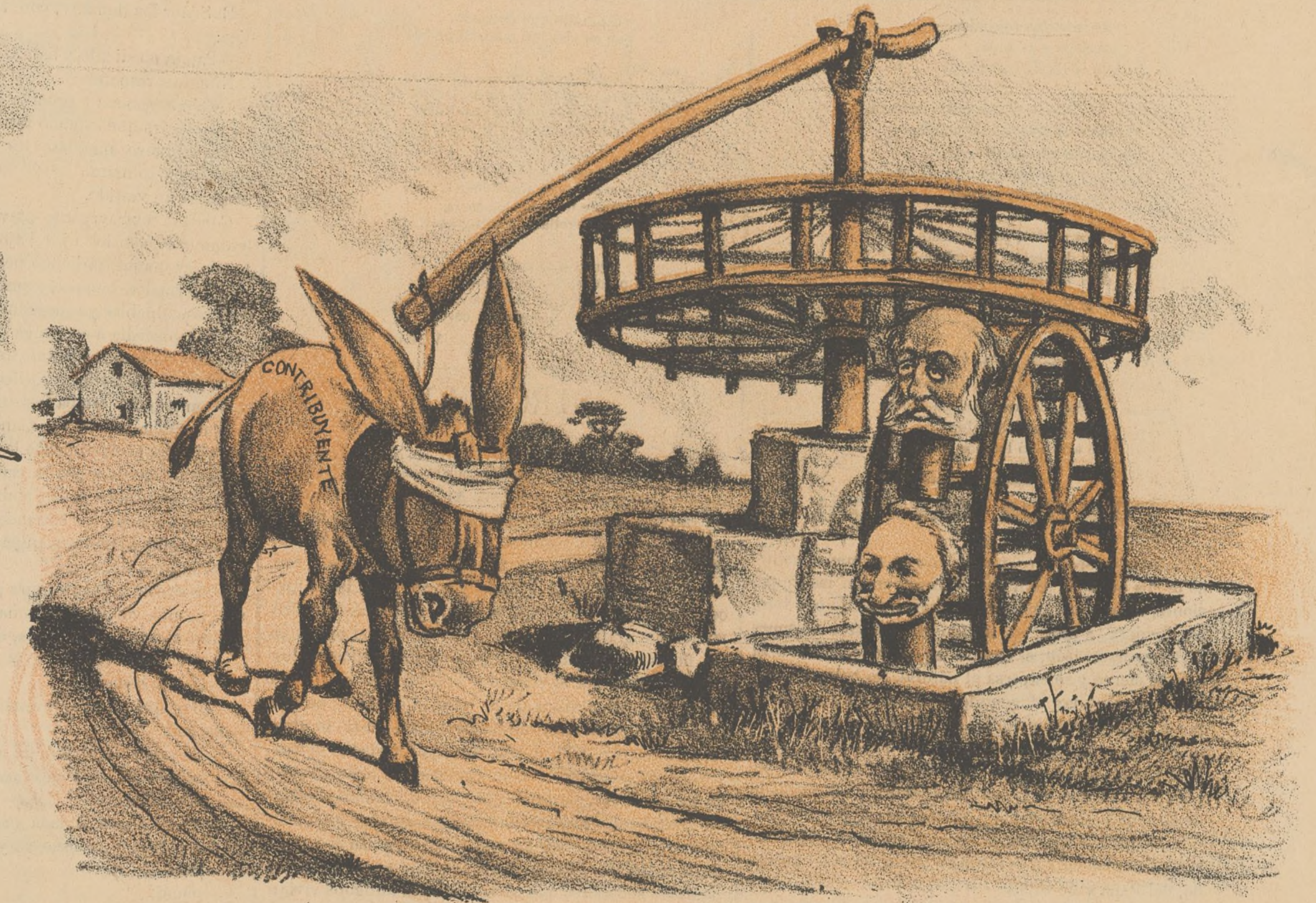
LOS HEREDEROS



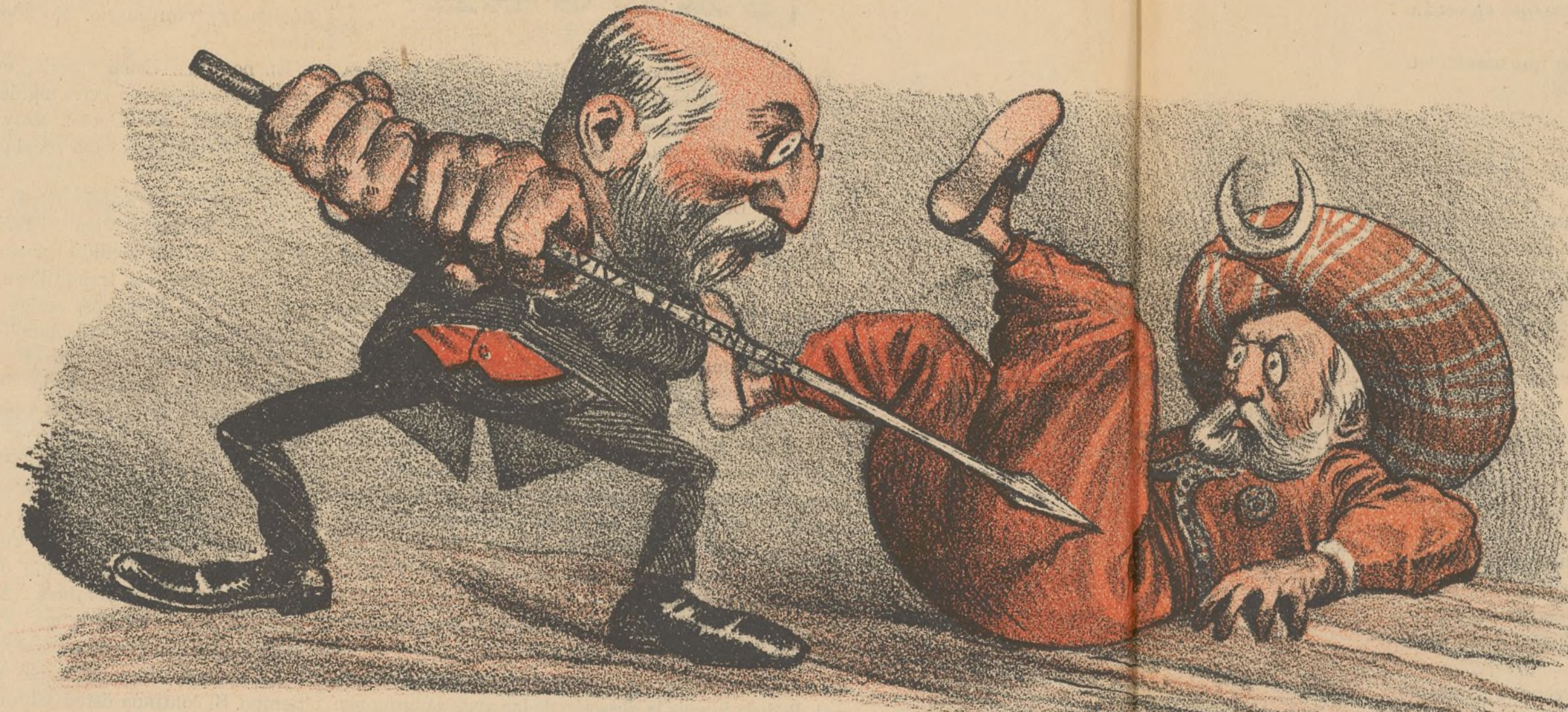
La mona de Tetuan



¡Y ahora que los catalanes se las compongan con él!



La eterna noria



A moro muerto, gran lanzada.



Oua itona.



Fenómeno atmosférico
Y llovían barretinas!



Con rumbo desconocido.



No han tenido siquiera la precaución de usar el coldcream



dos infelices soldados,
ateridos y calados
por la lluvia torrencial.

Se acerca el que entró delante;
muestra á la luz el semblante;
le conocen... ¿cómo no,
si es el mismo, el hijo amante
que al ejército partió?

La madre, con frenesí,
loca de placer, sin calma,
dice, estrechándole así:
—¿Por qué no ábrás para mí
tus brazos, hijo del alma?

—¿Quién te ha de impedir ahora
echarme tan dulces lazos?
—Ay, madre del alma, llora!
Una granada traidora
me arrebató los dos brazos!

POLÍTICA CLERICAL

El pueblo español es, por su índole, el menos político de los pueblos. Aquí no se comprenden las transiciones, los matices, los términos medios. Como el toro, que debiera ya haber sustituido en nuestros blasones al desmedrado león, el español va derecho al bulto. El odio se siente y se expresa al natural. No basta vencer; hay que aniquilar al enemigo; triturarle, humillarle, poner el pie sobre su cuello. Así, el viejo cabecilla, sediento de sangre y pillaje, el cura trabucaire, que siente la nostalgia del monte, desdenan las artimañas florentinas y se ríen de los artificios jesuíticos. El primado de España no es bastante episcopal, el papa no es bastante papista, Cristo no es bastante cristiano. Ellos sabrán dar la victoria á la religión, á despecho del primado, del Papa y de Cristo.

¿Son dos políticas opuestas las que se hallan frente á frente? Lo son en los medios, no en el fin. Reconocer la legitimidad de los poderes de hecho, es sin duda, lo contrario de lanzarse al campo á combatirlos. Pero así el inspirador de la política del Vaticano, como el clérigo marcial que aspira á emular las glorias de Flix y Santa Cruz, tienen un designio común. Se trata de entronizar á la teocracia, de sojuzgar á la sociedad, de someter de nuevo el Estado á la tutela de la Iglesia. Para lograr tal propósito, emplea cada cual las artes que le sugiere su temperamento, unos la astucia, otros la fuerza, las mañas del zorro ó la dentellada del lobo. En el fondo la misma cosa.

Las instituciones pasajeras, atentas sólo á subsistir, transigen y van viviendo. Para el país, la alternativa entre ambas políticas es tan difícil y ardua como la elección entre el veneno y el puñal. Acaso nuestro juicio está inspirado por el genio de la raza; pero se nos antoja que, entre la lucha encubierta y la lucha franca, es esta última la preferible. Gran beneficio es la paz pública, mas no para comprado á tanto precio. No es bien que por evitar la lucha se entregue al enemigo el botín de la victoria. Y no otra cosa que esta derrota sin combate significa en resumen la política vaticanista de los gobiernos restaurados.

SIN SOLUCIÓN

Ha terminado el debate político, declarándose impotente el Gobierno para resolver el conflicto de Barcelona.

Se habla de crisis, y de la formación de un Gabinete intermedio presidido por el duque de Tetuán ó Martínez Campos.

Las Cámaras de Comercio, firmes en su actitud, hablan ya de «soluciones extremas y patrióticas».

Los gremios de Barcelona siguen decididos á negarse al pago de la contribución.

El Sr. Sagasta declara que no aceptará el poder en estas circunstancias.

El jefe del Gobierno, indeciso, sin saber á qué carta quedarse, qué determinar, se llama unas veces Narváez y otras Andana.

No hay quien, en estos momentos, se sienta con fuerza para solucionar los actuales problemas: ni Martínez Campos, ni Sagasta, ni Pidal.

Estamos en el principio del fin.
Así sea.

CANTARES

Quando veo paseando
á ciertos hombres, me acuerdo
de que O'Donnell dijo que era
España un presidio suelto.

El califa cordobés
se ha cortado la coleta,
y en cambio no se la cortan
esos que al pueblo tolean.

Militar que no es valiente,
ministro que no da gloria

y diputado que es mudo,
que se pierdan poco importa.

Sufre el Sol varios eclipses,
mas yo juro que en mi tierra
hay un Sol que no se eclipsa
y ese Sol es Sol y Ortega.

El valor está en la sangre;
por eso creo que tienen
sangre de león, los boers,
y de horchata, los ingleses.

Queremos regenerarnos,
pero eso no podrá ser
mientras en España existan
hombres que ga: ten corsé.

Vicente Rubio.

SARCASMOS

...La religión no se suministra gratis! ¡Sacerdotes, el mártir, el santo, el ángel no sale de la caja en que lo encierran más que por el dinero! ¡Nuestro crucifijo cuesta más ó menos caro, según va delante ó detrás del ataúd! ¡Medis por el tamaño del féretro vuestros rezos, y son largos si el cadáver es grande y cortos si no lo es! ¡Sacerdotes, el haya, el olmo, el álamo y el arce, esparcen su sombra gratis; id á poner á los prados el precio de las flores, enseñándoles vuestra tarifa, y diciéndoles: Pagaréis tanto por la violeta y tanto por la rosa! ¡Dios quiere que los auxilios de la religión se den y no que se vendan! La muerte fué siempre justa y todo lo niveló; reconoced al menos esta legalidad; respetad el féretro sin menospreciar el ataúd; acoged del mismo modo al mismo polvo; elevad el mismo cántico ante el silencio de todos los cadáveres. Busco un apóstol y encuentro un mercader, y en un mostrador empieza la carrera del pulpito. ¿Qué dirían al ver los salmos en venta los hombres soñadores que en los tiempos antiguos vivían en el desierto? ¿Qué dirían al oír el *De profundis* superfluo, que sólo sirve para los ricos, al que ponen una música exquisita, que no cantarían á Jesús y que cantarían á Herodes? No se necesita más para encolerizar á Dios y para conseguir que el cielo azul se ennegrezca. La plegaria vendida tiene el acento de la blasfemia. Sembráis la oscuridad en los corazones; la sombra, por encima de vosotros, magos que cambalacheáis, borra bruscamente todas las verdades. No comprendéis que estáis produciendo un fatal eclipse; sabéis que el abismo es insondable y os trocáis en vendedores. Sacerdotes, arrimar de espaldas la tienda portátil, basta para que el firmamento espese sus velos por encima de la iglesia; la tienda hace apagar en el templo las estrellas.»

Víctor Hugo.

AL HOMBRE DEL DÍA

(EN CONFIANZA)

Insigne traga-pueblos,
inglés ilustre, Chamberlain famoso,
que á las naciones débiles y entecas
vienes haciendo el coco:
he visto tu retrato el otro día
en no sé qué periódico,
y... no es por adularle, pero, chico,
lo que en tí más me gusta es ese ojo
que detrás de un cristal atisba al mundo
con un gesto diabólico...

así... como quien dice al mundo entero:
—El que á mí me la dé no ha de ser bobo.

Pues bien, como me gusta el ojo ese,
hace dos noches ya que no reposo,
agitado por un presentimiento
que me tiene en un potro;
y lo que yo presiento, *Gargantúa*,
es que si continúas victorioso
como hasta aquí, tragándote á los boers,
cualquier día te rompen el monóculo.

STONE

LAS GALANTERÍAS DE LA BIBLIA

ADÁN Y EVA

Sabemos á costa nuestra cómo la primera de las serpientes tentó á la primera de las mujeres, y cómo nuestro primer padre comió el fruto que su esposa había mordido ya.

Aquello les costó la inocencia, y á nosotros también. Ardientes de amor, bajo las frondas cerradas al día, desafían la prohibición del cielo y parecen temer la vuelta de su primera ignorancia. Mas, ¡ay!, imposible.

A los transportes ardorosos sucede la embriaguez tranquila, y en esto un ruido se deja oír.

¡Cielos! ¡Es es propio Jehová!
Su turbación, su temor es extremo. Para escapar al ojo divino, emprenden la fuga y se ocultan más que de prisa en lo espeso del bosque cercano.

El Señor los llama, y, con tono irónico y dulce, les dice:

—Pareja obediente y fiel, Adán y Eva, ¿dónde estáis? Ninguno responde.

—Iré en persona á prender y sabré castigar luego á los insolentes que estando tan cerca, no quieren oírme.

A este nuevo mandato les es preciso abandonar la espesura, y tomando hojas de una higuera, se hacen con ellas un vestido.

Con tan extravagante atavío se adelantan, aunque lentamente, con los ojos bajos y baja la cabeza, juntando las manos, pidiendo perdón, confusos, trémulos y consternados, incapaces ambos de mentir, como verdaderos culpables ya juzgados y condenados ya.

Adán precedía á su amiga. Eva, temerosa y hablando poco, no hubiera podido responder á su Dios.

El pecado la había embellecido.

De antemano estaba instruido su proceso; aún suspiraba de amor, y en su semblante puede leerse claramente lo que ha hecho durante la noche.

Por encima de la verde camisa, que no sustrae sino á medias el contorneado alabastro de su cuerpo á los ojos del terrible juez, extiende prudentemente la mano sobre lo que tiene más culpable... y sobre lo más encantador que tiene.

Dios se sonríe, y murmura para sí: «¡A buena hora!», mas pronto, volviendo á tomar el aspecto de Señor supremo, con la frente severa, dice en alta voz:

—¿De dónde venís?

—De ese bosque.

—¿Por qué traéis esos vestidos de hojas? ¿A qué equiparse así?

—Yo estaba desnudo, mi compañera también, y no nos atrevíamos á aparecer ante vuestros ojos en estado tan poco decente.

—Ayer no sabíais nada de esto. ¿Por qué casualidad habéis conocido la decencia y el pudor?

—¡Señor!...

—¿Qué?

—¡Eva es tan hermosa!... ¡La manzana es tan dulce compartida con ella!...

—Pues pagarás esa dulzura, hombre ingrato. Y usted, su cómplice; usted, cuyo equivoco rubor y ese airecillo desdeñoso parecen acusarme de injusticia, usted saldrá con él de estos dichosos jardines. Salgan ustedes, pues; salgan sin volver la cabeza. Esta mansión honrada no se ha hecho para libertinos.

A tan dura reprimenda añadió estas últimas palabras:

—A propósito: os recomiendo que crezcáis y os multipliquéis.

¡Sexo encantador! ¿Quién, insensato, se opondrá á tu imperio? La misma Eva te legó el don de agradar y seducir.

Quando sonriendo, y con la boca húmeda, Eva ofreció en un beso tímido á los labios de su joven esposo el fruto que ella hacía tan dulce, á pesar de la amenaza cruel de un dueño que sabía castigar, Adán quiso perderse con ella, y con ella morir.

Maldecido por su juez severo, sin recursos y errante sobre la tierra, decía sonriente:

—Eva, ¿tú me amas? Yo te adoro. Aún nos queda el beso. Y créeme:

¡Ese es el paraíso!

EVARISTO PARNY.

Mitín.

El Casino Republicano de Utrera ha dispuesto para el 25 de Noviembre la celebración de un gran mitín revisionista y de propaganda republicana.

DON QUIJOTE, invitado á esa reunión, asistirá á ella, y se honra al felicitar á los iniciadores del mitín.

¡Bien por los republicanos de Utrera!

LIBROS

Ensayo de un programa para la enseñanza gradual de la Gramática castellana, por D. José A. Rodríguez y García.

El conocido profesor de la Escuela de Artes y Oficios de la Habana ha publicado con este título un hermoso libro, en el que revela su gran erudición y su conocimiento de la lengua castellana.

De venta en todas las librerías al precio de tres pesetas.

Biblioteca de "DON QUIJOTE,"

El Padre Sanz, por Pedro Barrantes. (Denunciado.)

Don Carlos, por Miguel Sawa. (Denunciado.)

Polavieja, por Pedro Barrantes. (Denunciado.)

El Padre Montaña, por Gil Blas de Santallana.

En prensa:

WEYLER

POR

PEDRO BARRANTES

Imprenta de A. Marzo, Apodaca, 18.